

Navidades esotéricas

En estas fechas nos hallamos inmersos en un mar de símbolos del que pocas veces somos conscientes. En ellos se plasma un lenguaje de imágenes que hablan a los estratos más profundos de nuestra mente. ¿Cuál es su mensaje? Desvelemos las claves que se ocultan tras los símbolos navideños.

por Javier Arries

Quizá no seamos del todo conscientes de ello, pero las fiestas navideñas ocupan un lugar protagonista en nuestro calendario. Y es que sin duda su potente peso simbólico se asocia a nuestros más profundos y atávicos anhelos de renovación, renacimiento y autorregeneración. El nacimiento del **Niño** divino, el surgimiento del Dios encarnado y todo lo que ello acarrea constituyen tópicos recogidos no solo por el cristianismo, sino por otras tradiciones milenarias que celebran la renovación del Universo entero y el descenso de la divinidad en el seno mismo de la Naturaleza.

ESPACIO Y TIEMPO

La época de Navidad y el solsticio de invierno son una hierofanía. Fue el historiador de las religiones **Mircea Eliade** quien acuñó este vocablo para aludir a un acto, un espacio y un tiempo donde lo



Sobre estas líneas, un mosaico romano en el que aparece Jesús representado como Sol Invicto.

sagrado, oculto bajo el velo de la materia y de lo profano, se revela de un modo u otro. En el ámbito cristiano esa revelación se produce en la aldea palestina de Belén. Pero se trata de algo más que de un lugar geográfico concreto. El nombre de la aldea de Bethlehem significa literalmente "casa del pan". Muy significativo si pensamos que es una metáfora del horno en el que el trigo se convierte en pan, símbolo del alimento del espíritu. Se trata de un símbolo universal y atemporal. Así, en Egipto **Osiris**, dios de la resurrección, a menudo era representado en estatuillas de barro en cuyo interior se depositaban granos de trigo. Al cabo de pocos días los brotes emergían de la estatuilla como una alegoría viva de la resurrección del dios.

Tampoco es casual que las fiestas navideñas coincidan con el solsticio de invierno. A partir del solsticio cada día las horas de

luz irán superando a las de la oscuridad. Las asociaciones entre el Sol como símbolo de la divinidad y el nacimiento del Mesías, equiparado al Sol de Justicia, estaban profundamente arraigadas entre los primeros seguidores de la nueva religión, que en tiempos de **León I** aún se giraban en la puerta de la basílica de los Apóstoles para reverenciar al Sol naciente e incluso participaban abiertamente en las festividades paganas del *Sol Invictus*.

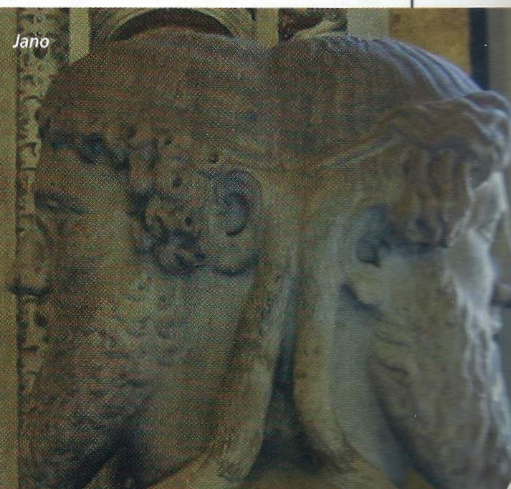
ALGO MÁS QUE FIGURITAS

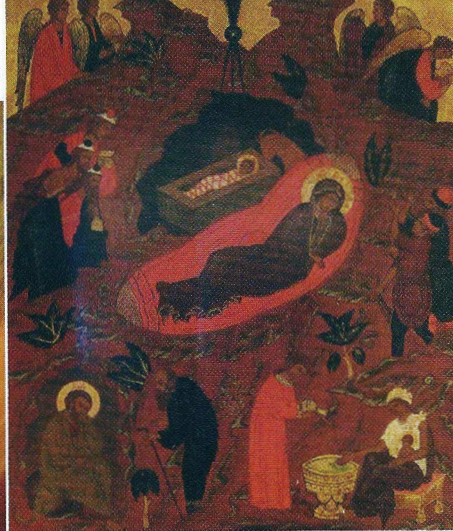
Tiempo y espacio sagrados son los que se recrean en el belén y sus figuras. Si bien hablamos a menudo del portal de Belén, lo que además encaja bien con el simbolismo del solsticio como una puerta celeste (ver recuadro en esta página), varios Apócrifos que describen la Natividad señalan que tuvo lugar en una gruta, entre ellos el *Evangelio del Pseudo-Mateo*. ➔

LA PUERTA DEL CIELO

En Roma el solsticio de invierno daba paso al primer mes del año, *Januarius*, que en castellano llegaría a ser nuestro enero. Su nombre se lo debemos al hecho de estar consagrado a **Jano**, dios que era representado con dos caras que miraban en direcciones opuestas. Jano presidía las puertas y sus dos rostros eran una alusión a la entrada y la salida, los dos espacios que quedaban a ambos lados de las mismas. Así, el solsticio de invierno era considerado una puerta que iniciaba el año. El propio Jano representaba la puerta entre el año que moría y el que nacía; una de sus caras miraba al pasado, al año viejo, la otra al futuro, al año nuevo. Pero, además, sus dos rostros aluden a los dos solsticios, el de invierno y el de verano, las puertas que el Sol atraviesa en su ciclo anual. En muchas tradiciones el solsticio de verano, representado por el signo de Cáncer, morada de la Luna, es la "vía de los antepasados", el camino por el que las almas entran y salen del mundo. Los romanos denominaban a esta puerta solsticial *janua inferni*, la puerta del infierno. En cambio, el solsticio de invierno, puerta de entrada del Sol en el signo de Capricornio, es llamado la "vía de los dioses" y era conocido como el *janua coeli*, la puerta del cielo. Es a través de esta puerta invernal por la que en tradiciones como la hindú escapan los sabios y los justos, los que se liberan de toda manifestación, pero sobre todo es el punto por el que tradicionalmente la divinidad penetra en el Cosmos cuando es preciso salvar el mundo.

El simbolismo de las dos *jaunas* reaparece en el mundo cristiano con los dos **Juanes**, el Evangelista y el Bautista, cuyas festividades se celebran respectivamente el 27 de diciembre y el 24 de julio (coincidiendo por pocos días con los solsticios) y que a menudo son representados, como el Jano bifronte, con dos cabezas.





Arriba, a la izquierda, unas espigas de trigo y, a la derecha, un icono en el que se ubica el nacimiento de Jesús en una cueva. Abajo, la basilica de la Natividad, situada en Belén.



LOS ADORNOS NAVIDEÑOS

Hay muchos adornos navideños que esconden algún significado simbólico. Estos son algunos de los más conocidos:

– **Coronas.** A menudo se cuelgan en las puertas de las casas. Procedentes del norte de Europa, representan el ciclo del año, el Todo y la regeneración periódica del



Universo. A veces llevan cuatro velas, que simbolizan los cuatro domingos de Adviento que preceden a Navidad.

– **Manzanas y bolas.** Según una leyenda, fue San Bonifacio el primero que las colocó en el árbol para representar las manzanas del Paraíso y como recuerdo del pecado original. Tradicionalmente se asocian a la fertilidad y la abundancia. En un nivel más profundo representan el conocimiento y la sabiduría iniciáticos. Al principio adornaban el árbol de Navidad. Con el tiempo se las substituyó



por las bolas de cristal, que fueron popularizadas por los fabricantes de vidrio de Bohemia.

– **Velas.** Símbolo de la Luz que disipa las tinieblas. En muchos lugares se considera que ahuyentan a las fuerzas oscuras; en otros representan además las almas de los difuntos y de los que no están presentes.

→ La gruta del belén contiene un simbolismo de enorme riqueza, puesto de relieve especialmente, como señala el prestigioso helenista **Jean Hani**, en los iconos rusos y griegos que representan el Nacimiento. En ellos la caverna con el Niño aparece en primer plano en el centro de una montaña que se erige hacia el cielo y sobre la cual alumbra la Estrella de la Natividad, bajo la cual se sitúan los ángeles, habitantes de los mundos celestes y símbolo de los estados del ser superiores al humano. Si lo contemplamos desde el punto de vista macrocósmico, el conjunto de gruta y montaña es una representación de todo el Cosmos, una imagen del mundo, una *imago mundi*.

Un detalle importante en dichos iconos lo constituye el hecho de que la **Virgen** suele aparecer postrada y en un tamaño considerable, a veces casi gigantesco, en comparación con el resto de los personajes, dando la impresión de que forma parte de la propia montaña, en lo que parece una identificación de **María** con la substancia primera. Este simbolismo no escapó a los hermetistas y alquimistas medievales.

Desde el punto de vista cosmológico la imagen de la Virgen, portadora del divino Niño, el Embrión de Oro de la literatura metafísica hindú, es una alegoría de la divinidad oculta en el seno de la materia universal. Esta asociación simbólica de la figura de la Virgen con la montaña se resalta en el rito bizantino "*Oh, Madre de Dios, tú eres la montaña de la que se ha sacado una piedra indestructible que ha roto las puertas del infierno*", inspirándose en una visión del profeta **Daniel**. La piedra extraída del seno de la montaña es **Cristo**.

La identificación de Cristo con la piedra sirvió a los alquimistas para representar la Piedra Filosofal como un niño dorado nacido de la "materia prima" y virginal en la redoma donde se realizan las operaciones. El recipiente hermético representa, como la gruta, el Cosmos, pero también el corazón del adepto. Y es que desde el punto de vista microcósmico la caverna el portal de Belén, no es sino el corazón del hombre, su centro, de modo análogo a como la gruta es el centro, el corazón de la montaña. En esa caverna del corazón es donde, de acuerdo a múltiples tradiciones, reside la divinidad y la esencia última y real del ser humano.

El resto de las figuras del pesebre complementan y resaltan este simbolismo universal. Así, los pastores, figura del pueblo humilde e iletrado que reconoce al Mesías, desde un punto de vista más profundo son conductores del ganado y portadores, por tanto, de un cierto saber cuyos depositarios más altos son los Reyes Magos. Pastor es el título simbólico que se les da a los sacerdotes. Los Magos que vienen de Oriente, de donde nace la

Luz, aúnan el saber regio y el sacerdotal y representan por tanto a los que detentan el más alto conocimiento. Los artesanos del belén remiten a los oficios sagrados y los misterios asociados con ellos. No menos importantes son las bestias que dan calor con su aliento al niño o elementos aparentemente intrascendentes como el pozo, símbolo ancestral de sabiduría y conocimiento.

EL ÁRBOL DE LOS MUNDOS

El belén, imagen del mundo sobre el que descende la divinidad, encarnada en la materia, regenerándolo e iluminándolo, es pues un mapa simbólico del Cosmos, un Universo en miniatura, un simbolismo que también aparece escenificado en el otro símbolo navideño por excelencia, el árbol. No está muy claro el origen del cada vez más popular árbol de Navidad. Algunas leyendas piadosas lo remontan al siglo VIII en Germania, cuando un monje inglés llamado **Winfrid** taló una Nochebuena un roble sagrado que era empleado en ceremonias paganas. En su lugar nació un abeto que desde entonces se consideró milagroso y se convirtió en símbolo navideño.

Otra leyenda sospechosamente parecida a la anterior atribuye a San **Bonifacio** el haber derribado de un puñetazo un roble sagrado que al caer destruyó los arbustos vecinos salvo un pequeño abeto, cuya forma triangular recordaba a la Trinidad y al Mesías nacido en Belén.

Tales leyendas parecen ser la metáfora de la cristianización de una tradición invernal nórdica, un rito pagano que consistía en engalanar un árbol en honor a **Frey**, dios de la fertilidad. El árbol de Frey emparenta con el *Irminsul* sajón o el *Yggdrasil* nórdico, el Árbol de la Vida, un fresno mítico, sagrado, gigantesco, entre cuya copa y raíces se distribuyen todos los mundos, incluidas la Tierra y las moradas de los dioses, como parecen recordarnos las esferas de diferentes formas y colores que colgamos en la actualidad de los abetos navideños. Se trata entonces de un simbolismo análogo al de la montaña y tan universal como esta, pues el árbol primigenio y mítico que sostiene los mundos es un arquetipo que podemos hallar desde América a Asia.

Resulta curioso además el hecho de que la palabra "madera" emparenta también con las latinas *mater* y *materia*, asociación que procede de considerar el tronco como la madre de la que brotan sus ramas. Y aún resulta más curioso el modo en el que coinciden los símbolos de todas las tradiciones si recordamos que ciertas leyendas cristianas procedentes de los Apócrifos afirmaban que la madera de la cruz del Calvario, donde Cristo es sacrificado, procedía de un retoño del Árbol de la Vida que estaba



Sobre estas líneas, una colorida representación del Splendor Solis.

situado en el Paraíso. Las coincidencias no acaban aquí: el propio dios **Odín** se sacrifica a sí mismo, atravesado por una lanza, en el Árbol de la Vida nórdico.

La figura del árbol cósmico como eje del mundo (*axis mundi*), columna vertebral que atraviesa y sostiene el Universo, viene subrayada por la estrella que se coloca en su cima, similar a la estrella de Belén y que, como esta, emparenta con la Estrella Polar. Las guiraldas sobre el árbol aluden a la cadena simbólica que une los mundos entre sí, el hilo del destino tejido por las normas, las parcas germanas. En esta concepción el destino es una imagen del tejido de causas y efectos, la cadena

ininterrumpida a la que están sometidos todos los seres, incluidos los dioses, desde la causa primera. Representan asimismo el influjo que desde los mundos superiores descende como el rayo hacia las raíces del árbol. Y el rayo es atributo y símbolo divino.

Si pensamos además que el muérdago, bajo cuya protección es costumbre besarse en Navidad, era considerado por los druidas una encarnación del rayo divino que crecía sobre el roble, el árbol sagrado de la tradición celta, será difícil no sorprenderse ante la poderosa y coherente persistencia de los símbolos y arquetipos primordiales. ■